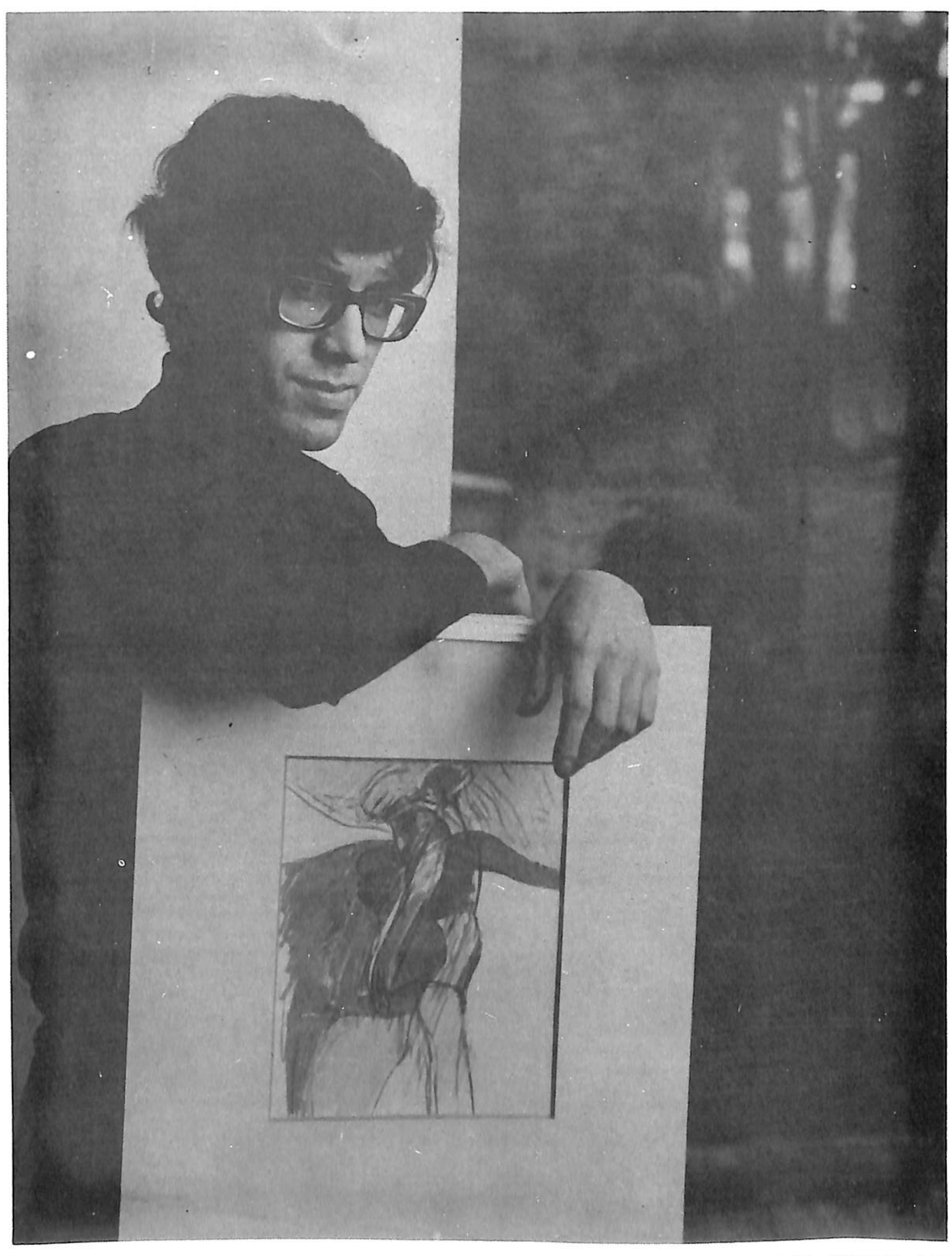
LUIS CABALLERO

Sin título 1966 - 1968



Luis Caballero, 1966. Foto Hernán Díaz

Museo de Arte Moderno de Medellín
Inauguración de la exposición: Miércoles 22 de abril de 1998. 7:30 p.m.
Carrera 64B No. 51-64

En pintura lo de menos es el título

Beatriz Caballero

En 1968, cuando Luis pintó el **Políptico** de Coltejer -Obra ganadora de la Primera Bienal Iberoamericana de Pintura de Coltejer-tenía 24 años, usaba unas gafas gruesísimas, el pelo largo y una capa negra para salir de noche. Era profesor de dibujo en Bellas Artes de las universidades de los Andes y Jorge Tadeo Lozano. Hacía dos años había vuelto de París y se había ido de la casa para casarse con una gringa que conoció allá, en el taller a donde iba a pintar.

Vivían en la callecita que sube a la universidad de los Andes. No era un espacio muy grande y ahí mismo dormían, cocinaban y trabajaban los dos. Las cortinas eran de papel; la mesa, una tabla sobre burros abarrotada de tarros de pintura, frascos de mayonesa con pinceles, herramientas, pegantes y bolsas de papel en las que indistintamente había yeso y harina de trigo, mucho olor a trementina y, contra las paredes, bastidores de madera con telas pintadas por ambos lados. Y por todas partes dibujos, dibujos y dibujos: junto al teléfono, en las paredes, en las revistas, arrugados, hechos bolas de papel, en la caneca, en el baño.

En una entrevista sobre el **Políptico**, Luis dice que en enero lo empezó a pintar y lo terminó en marzo. Pero antes había hecho un montón de dibujitos y se la había pasado conversando con Carlos Rojas, que vivía en la misma cuadra, y con otro poco de pintores que también vivían por allí, y se veían en la universidad o en las inauguraciones, pues había muchísimas exposiciones en esa época. Esto era Bogotá, Marta Traba y vísperas de la revolución de mayo del 68. Eran la juventud dorada del arte, se vestían como hippies y hablaban de lo figurativo y lo abstracto, que era la discusión del momento. «El motor del espacio contemporáneo es el artista así como el sol es del sistema solar. Ser el motor del espacio conceptual en el cual uno habita...». Cosas por el estilo. El espacio es algo que se puede medir: es largo, ancho, concreto, científico. Pero el artista lo crea. Y las figuras de los cuadros de Luis se empiezan a mover y no caben en un rectángulo, necesitan dos, que se unen por un brazo, o en un abrazo, o rechazo; y pegado, un tercer rectángulo, un panel de color de un solo fondo para separar otra figura. Luego, para que quepan las figuras -que se han echado a volar- tocará desdoblar estos rectángulos para un lado, para el otro, hacia arriba, hacia abajo...como desplegando una caja, una caja enorme que así como se puede abrir, se podrá cerrar y meterse uno adentro. El espectador, ahora visitante, que se aventura a entrar en esa caja, y queda rodeado por esos seres enormes, amorfos, de colores planos y rechinantes, con toda seguridad tendrá que sentir alguna inquietud o emoción al descubrir que allí adentro no hay nada, que lo único que encierra es un concepto. «Una obra que envuelva a la gente y que lleve al espectador a un instante de experiencia mística. El hombre necesita salir de sí mismo. El mundo es tan irracional, tan difícil de entender, que hay que acudir a cosas irracionales para comprenderlo». Algo así decía Luis, según Carlos Rojas.

Pero esto de entrar a la obra con seguridad no se le ocurrió a Luis desde el comienzo. Ahí está el boceto, plano, que plantea la caja; pero la idea de *environnement* que llamaron los jurados del concurso debió ir surgiendo a medida que la fue haciendo. Y el milagro final sucedió a la hora de armarla, o mejor, de montarla. Los dieciocho paneles de 200 x130 cm que pintó en ese espacio que su mujer y él usaban por turnos para pintar, jamás pudieron estar fisicamente juntos. Él mismo sólo pudo ver su obra en conjunto por primera vez en la Sala Gregorio Vásquez de la Biblioteca Nacional, donde se expuso en abril.

En mayo fue la Bienal y el **Políptico** salió para Medellín directamente de la Biblioteca. Pero a Medellín llegaron sólo trece bastidores. Supersticioso como era, al resultar programado como el 13 exponente, Luis mandó 13 cuerpos del cuadro. Mentiroso también, dijo que no le había alcanzado la plata para enviarlos todos, o que todos no cabían en el espacio que se le había asignado a cada artista. Nunca se supo...El hecho fue que armaron el **Políptico** con los 13 y con los 13 se ganó el premio mayor de la Bienal: cien mil pesos -que en ese tiempo eran un montón de plata-. Compró dos pasajes para irse él y Terry a París, dejaron su trasteo en la mansarda de la casa y nunca volvieron.

Hace dos años, cuando estabamos mi hermana María del Carmen y yo desbaratando el taller de Luis en Bogotá, nos atrevimos por fin a abrir una maletica dura, de cartón, con una chapa dañada -con la que llegó Terry de Old Lyme a Bogotá-, llena de cuadernos de dibujo y bocetos de aquella época. Y entre unas pinturas enrolladas encontramos dos pedazos del **Políptico**.

A los quince días o así, por el correo de las brujas, nos enteramos que en una galería estaban colgados otros dos. Pusimos a mi hermano Antonio a que llamara al doctor Ardila Lülle para que los comprara y los añadiera con los dos del trasteo de Luis al **Políptico** de Coltejer. El dueño de estos cuadros resultó ser Leland Northam, un gringo amigo también delbarrio. Luis se los había regalado a él y a Jorge Madriñan -otro pintor que ya se murió- con un papel pegado por detrás advirtiendo que los dos cuadros se los regalaba a ambos, de manera que no los podían separar. Se fueron los cuatro paneles a reunirse con los otros a Medellín en una volqueta comandada por el vicepresidente de Coltejer Mario Ceballos, pues el avión de la compañía no pudo despegar. Apenas los recibieron, los restauraron y los guardaron con sus hermanos.

Ya había diecisiete sólo faltaba uno. No tardó en aparecer. Alguien lo llevó a la Galería Garcés Velásquez: rasguñado, como un gato que ha pasado la noche en la calle, con una figura rasgada a cuchillo, unos brochazos de un amarillo distinto y la firma de Luis estampada en una esquina. Dos firmas para que no quedara la menor duda. Ninguno de los otros diecisiete estaba firmado. El doctor Ardila Lülle volvió a hacer lo que había que hacer y los juntó todos.

Hoy después de 30 años, el famoso **Políptico** de Coltejer está completo. Políptico, cámara, cubo pictórico, estos nombres se los ha puesto la gente, los críticos. Luis lo bautizó Sin título, como todo lo que pintó, como esta exposición: «porque en pintura lo de menos es el título». Estoy segura de que Carlos Rojas(quien hizo el montaje de la Bienal y debe estar en el mismo lugar en el espacio donde está Luis) estará burlandose de esta nota que me iba a ayudar a escribir. Y Luis, furioso.



Invitan
Ministerio de Cultura - Museo Nacional de Colombia

Museo de Arte Moderno de Medellín

